

PRESENTACIÓN DE “LA PIEL ENCENDIDA”

(Por el Profesor D. Manuel Quintáns Suárez)

Buenas tardes a todas y a todos:

Si la normalidad lingüística y cultural de nuestro país continúa siendo un objetivo prioritario y para todos los gallegos, quiere decir esto que aunque la obra que hoy se presenta aquí está escrita en castellano no hay razón alguna que impida que esa presentación se haga en gallego. Así lo pienso y así lo hago.

Juan Besada es ante todo un gran amigo, compañero de tertulia y de más de una aventura cultural e incluso institucional. Licenciado en Filosofía y doctor, no ciertamente universitario, que tampoco es obligatorio, en muchas cosas, entre ellas en política y, sobre todo, en poesía. El libro que hoy presentamos aquí no es el primero, pero es, sin duda, uno de los mejores que nos regala a todos.

Lástima es que la poesía, la materia de este libro, no permita una fácil aproximación a su contenido. Una novela, por ejemplo, cuenta cosas, una obra de teatro las representa. Sin embargo, un poema como *La piel encendida* no cuenta historia alguna ni representa delante de nosotros espectáculo alguno. Su universo está compuesto por los sentimientos del poeta, por sus emociones y estados de ánimo. Y estos ni siquiera son su vida, son sólo poesía, si bien como agudamente señala su prologuista, para él, y para todos los poetas, “la poesía no es simplemente literatura, la poesía es también un modo de estar entre las cosas, una actitud vital, la capacidad de sacar la cabeza fuera de este mundo y respirar el aire de otros que, aunque soñados, no dejan de ser reales”.

La poesía es, con todo, el primer *strep-tease* artístico inventado por el ser humano. No del cuerpo, que también, si no del espíritu. Un desnudo a través del cual el poeta deja al descubierto todos sus sueños y todas sus debilidades más íntimas y secretas.

Es verdad que el lector, oyente o espectador de una obra épica o dramática, respectivamente, realiza tal actividad como una aventura, como un viaje a un mundo nuevo, desconocido, bien como una huida del suyo propio, bien como un ansia de encuentro con mundos distintos. Porque eso es esencialmente la literatura: un lugar de encuentros en el que nuestras inquietudes y desasosiegos, nuestra curiosidad y nuestros sueños, buscan respuestas con las que no se topan en el mundo de las realidades materiales. Muchas veces imposibles, pero que solamente, en cualquier caso, esta creadora de sueños, el arte en general y la literatura en especial, puede proporcionarnos. La lectura, como la contemplación de una representación dramática, es siempre una experiencia que actúa como una fuerza liberadora y enriquecedora de nuestro mundo interior.

Porque la poesía es el camino hacia dentro de nosotros mismos, pozo profundo y misterioso donde, a menudo dormidos, aguardan sentimientos tan profundos como el amor, el ansia de libertad, la pasión por la justicia... y su voz, la voz de la poesía, sus gritos, quejidos, sonrisas y gestos, los despiertan. Sin duda de manera muy diferente a como lo hacen otros géneros literarios. El goce que proporciona la recepción de la obra lírica, aún teniendo lugar ésta en medio de una multitud y a través de un altavoz, es siempre un acto singular, único, individual, diferente para cada uno de sus receptores. La narrativa y la dramática, no sólo nos permiten, sino que, en un momento dado, nos estimulan para ser otros, un Don Quijote, un Sancho o una Dulcinea, un Hamlet o una Ofelia. La poesía, al contrario, sólo nos permite ser nosotros mismos. Si coincide, aunque sólo en algunos casos, contagiados -que es el modo más natural de comunicación de la poesía- por la misma dolencia -que el amor, la libertad y la justicia también son dolores- de la que es víctima el mismo poeta. Es lo que sucede a lectores que, como la profesora Elena Orive, llegan a identificarse de tal modo con el poeta que se apropian de sus palabras, según confiesa ella misma en el prólogo con que enriquece esta edición de *La piel encendida*: “Como lectora -escribe-, me apropié de cada una de esas palabras escogidas cuidadosamente, que me transportaron a ese claroscuro bajo un árbol, cerca de un río y me transformaron en deseo que se ovilla, espera, mira a su alrededor, decide continuar su viaje particular en busca de la fuente y se desdevana para volver a ovillarse poco después y

memorizar cada uno de los movimientos, olores y sonidos del cuerpo que recorre”.

Sin duda, un viaje claramente provocado y estimulado por la lectura de *La piel encendida*. Pero distinto del viaje del poeta Juan Besada y, naturalmente, del de cualquiera de nosotros que tenga el atrevimiento y la valentía de llevarlo a cabo. Porque este poema de Juan es, también, eso: un viaje. Pero un viaje místico.

Si en San Juan de la Cruz la unión mística de la amada con el Amado se alcanza en un viaje esencialmente erótico, en Juan Besada, el encuentro erótico del amado con la amada se resuelve en un poético viaje místico. Los caminos del poeta Juan Besada no se hacen, en absoluto, andando, como en Antonio Machado. En *La piel encendida*, el poeta solo recorre, emocionado, el camino que antes hiciera el ser amado, dejándolo, como guía de lo que espera en silencio, cubierto de señales y símbolos que puedan claramente identificarlo. Una garza de plata, un pájaro que canta, “*camuflado que lo observa*”, mientras el poeta “*sopesa cada detalle*”, porque a él “*le interesa sobre todo ese olor que trae el aire / y el sonido de las hojas / la música y el perfume*”.

El poeta, que sabe que el camino de la mística es siempre una ascensión, abre además su inicio o “introito” con este primoroso verso endecasílabo: “*Quiero pener una escalera en tu risa*”. Para después, convencido absolutamente de que sólo con tal hallazgo su viaje es posible, construir un poema-escalera de catorce escalones en los que cada verso, ensanchándose, dibuja holgados meandros, o acortándose precipita en rápidos la misteriosa corriente del río en el que su deseo acaba convirtiendo la primera ascensión.

Es un paso definitivo, incontrolado. El poeta sublima hasta tal punto sus propios sentimientos que, sitiéndose inmerecedor de gozar el objeto de sus sueños, “*la fuente / de la que mana el dulce néctar*”, renuncia en su deseo a la hermosa y dulce aventura de un encuentro tan intensamente deseado.

“*Ovillo mi deseo -confiesa-*

lo coloco en tu vientre

justo en ese lunar bajo el ombligo

y comienza la hora de la desdevana”

Lo mismo le aconteció a aquel General romano, Decio Junio Bruto, el Galaico, que sorprendido ante la grandeza del espectáculo de una puesta del Sol en el cabo de Finisterre, el Promontorio Nerio de los antiguos, decidió renunciar allí mismo a continuar con su victoriosa campaña y regresar de inmediato a Roma. No son, ciertamente, ni su orgullo ni su elevada autoestima los causantes de tal renuncia, ni en el caso del romano ni mucho menos en el de nuestro poeta, sino la sublimación, la consideración de aquello que conmueve y trastorna todo su mundo interior como sólo puede conmoverlo algo excelso, sublime, prohibido, inalcanzable...

Por eso renuncia en el deseo al protagonismo de su aventura más personal, su ansia indisimulada de disfrutar la realidad de uno de sus sueños más íntimos, justo ante la grandeza del universo que adivina. Será así, este, su deseo, quien *“con apetito voraz / con una sed infinita*

... sigue y sigue lamiendo
saboreando colores
matices bordes perfiles
sonidos que apenas roza
y que guarda en su memoria
porque suenan y son música”.

Y el poema-escalera se hace río, un río que en contra de los de Jorge Manrique, *“que van a dar a la mar, qu'es el morir”*, conduce a la fuente de la vida, a la fuente de la que mana el dulce néctar, *“la fuente / que está al final del camino”*. Un río soñado, presentido. *“Mi deseo -canta el propio poeta- avanza y sueña / con el río que presiente / con el agua cristalina / de la fuente en la que nace”*.

Y los versos, sin signos de puntuación que interrumpan su discurrir, ni siquiera el aria *“que en el aire suena”*, ni menos aun *“los acordes / del pájaro cuando canta / avisándole que siga / el ramal que va ascendiendo”*, alargándose y acortándose, marcándole rigurosos al curso del río su ritmo musical, maravilloso.

Y el deseo, refrenado por el ritmo del propio río, temeroso de *“no haber reparado lo bastante en algún matiz / del aire / en una vibración del aire / que al tropezar con la piel / iba tejiendo una música / que antes no existía / y acerca el oído / y descansa de nuevo / hay mucho tiempo / para ser feliz”*. *“Se desliza / sudoroso del esfuerzo / por la trepa”*, deteniéndose súbitamente en versos de dos, tres o cuatro sílabas *“para seguir añadiendo / elementos a su memoria”*.

“Espera”, “mira”, “repara” para de pronto quedarse quieto en *“el agua”, “el mar”, “la mar”, “el oleaje”, “la cascada”*... para una y otra vez encontrarse *“remando”, “en un río / confundido entre los ecos / de la brisa soterraña”*, hasta

*“llegar a la fuente
sin dejar en el olvido
la senda por donde pasa”*.

Sin olvidar, naturalmente, que primero fue la palabra. Así, *“cada dedo recorriendo / las palabras en tu boca / cada nombre de tu lengua / cada nota / en cada labio”*... el deseo escuchando el canto de aquella *“garza de plata”* y palabras tan buscadas como *“güero”, “ovillar”* o *“desdevana”*, ya en el último escalón de la escalera que antes había construido el poeta

*“se reparte por las quiebras
es la lengua quien lo lleva
es la garza que lo llama
abarca todas las sendas
que conducen a la fuente
salta tozales y dunas
busca el río y se desliza
por la senda que transcurre
bordeando las orillas
del lunar que reconoce”*.

Doble viaje al que todas y todos estamos invitados y, ciertamente, no son los únicos. Cada uno de ustedes tiene necesariamente, como ya se dijo, que hacerlo propio. Estos anteriores no son más que una guía espiritual para descreídos.

¡Que así sea!

Manuel Quintáns Suárez

PRESENTACIÓN DE “LA PIEL ENCENDIDA”

(Por el Profesor D. Manuel Quintáns Suárez)

Boas tardes a todas e a todos:

Se a normalidade lingüística do noso país segue a ser un obxectivo prioritario para todas e para tódolos galegos, quere dicir que aínda que a obra que hoxe se presenta aquí está escrita en castelán non hai ningunha razón que impida que esa presentación se faga mesmo en galego. Así o penso e así o fago.

Juan Besada é, diante de todo, un grande amigo, compañeiro de tertulia e de máis dunha aventura cultural e até institucional. Licenciado en Filosofía e doutor, non de certo universitario, que tampouco é obrigado, en moitas cousas, entre elas en política e, sobre todo, en poesía. O libro que hoxe presentamos aquí non é o primeiro, pero é, sen dúbida, un dos mellores con que nos agasalla a todos.

É lástima que a Poesía, a materia msmo deste libriño, non consinta un achegamento doado ao seu contido. Unha novela, por exemplo, conta cousas, unha obra de teatro represéntaas. Ende ben, un poema, coma *La piel encendida* non conta ningunha historia nin representa diante de nós ningún espectáculo. O seu universo está composto polos sentimentos do poeta, polas súas emocións e estados de ánimo. E istos non son nin tan sequera a súa vida, son só poesía, aínda que como agudamente salienta a súa prologuista, para el, e para tódolos poetas, “la poesía no es simplemente literatura, la poesía es también un modo de estar entre las cosas, una actitud vital, la capacidad de sacar la cabeza fuera de este mundo y respirar el aire de otros que, aunque soñados, no dejan de ser reales”.

A poesía é, con todo, o primeiro strep-tease artístico inventado polo ser humano. Non do corpo, que tamén, senón do espírito. Un espido a través do cal o poeta deixa ao descuberto tódolos seus sonhos e tódalas súas debilidades máis íntimas e secretas.

De certo, o lector, oínte ou espectador dunha obra épica ou dramática, respectivamente, realiza tal actividade coma unha aventura, coma unha viaxe a un mundo novo, descoñecido, ben coma unha fuxida do seu propio, ben coma unha ansia de encontro con mundos distintos. Porque iso é esencialmente a literatura: un lugar de encontros no que as nosas inquedanzas e desacougos, a nosa curiosidade e os nosos soños, procuran respostas que non atopan no mundo das realidades materiais. Moitas veces imposibles, pero que só, en calquera caso, esta creadora de soños, a arte en xeral e a literatura en especial, pode proporcionarnos. A lectura, coma a contemplación dunha representación dramática, é sempre unha experiencia que actúa coma unha forza liberadora e enriquecedora do noso mundo interior.

Porque a poesía é o camiño cara a dentro de nós mesmos, pozo profundo e misterioso onde, moitas veces durmidos, agardan sentimentos tan profundos coma o amor, a ansia de liberdade, a paixón pola xustiza... e a súa voz, a voz da poesía, os seus berros, laios, sorrisos e acenos, os espertan. Sen dúbida dun xeito moi diferente do que o fan outros xéneros literarios. O goce que proporciona a recepción da obra lírica, aínda tendo lugar esta no medio dunha multitude e a través dun altofalante, é sempre un acto singular, único, individual, distinto para cada un dos seus receptores. A narrativa e a dramática, non só nos permiten senón que nun momento dado, nos estimulan a sermos outros, un Don Quixote, un Sancho ou unha Dulcinea, un Hamlet ou unha Ofelia. A poesía, pola contra, só nos consinte sermos nós mesmos. Se cadra, aínda que só nalgúns casos, contaxiados -que é o modo máis natural de comunicación da poesía- pola mesma doenza -que o amor, a liberdade e a xustiza tamén son dores- da que é vítima o propio poeta. É o que lle acontece a lectores que, coma a profesora Elena Orive, chegan a se identificar de tal modo co mesmo poeta que se apropian das súas palabras, segundo confesa ela mesma no prólogo con que se enriquece esta edición de *La piel encendida*: “Como lectora -escribe-, me apropié de cada una de esas palabras escogidas cuidadosamente, que me transportaron a ese claroscuro bajo un árbol, cerca de un río y que me transformaron en deseo que se ovilla, espera, mira a su alrededor, decide continuar su viaje particular en busca de la fuente y se desdevana para volver a ovillarse poco

después y memorizar cada uno de los movimientos, olores y sonidos del cuerpo que recorre.” Sen dúbida, é unha viaxe claramente provocada e estimulada pola lectura de *La piel encendida*. Pero distinta da viaxe do poeta Juan Besada e, naturalmente, da de calquera de nós que teña o atrevemento e a valentía de realizala. Porque este poema de Juan é, mesmo, iso, unha viaxe. Pero unha viaxe mística.

Se en San Juan de la Cruz a unión mística da amada co Amado se alcanza nunha viaxe esencialmente erótica, en Juan Besada, o encontro erótico do amado coa amada resólvese nunha poética viaxe mística. Os camiños do poeta Juan Besada non se fan, en absoluto, andando, como en Antonio Machado. En *La piel encendida*, o poeta só percorre, emocionado, o camiño que fixo antes de ser amado, deixándoo, como guía do que en silencio agarda, cuberto de sinais e símbolos que poidan claramente identificalo. Unha garza de prata, un paxaro que canta. “*camuflado que lo observa*”, mentres o poeta “*sopesa cada detalle*”, porque a el “*le interesa sobre todo ese olor que trae el aire / y el sonido de las hojas / la música y el perfume*”.

O poeta, que sabe que o camiño da mística é sempre unha ascensión, abre mesmo o seu inicio ou “introito” con este primoroso verso dodecasílabo: “Quiero poner una escalera en tu risa.” Para logo, convencido de todo de que só con tal achado a súa viaxe se fai posible, construír un poema-escaleira de catorce chanzos nos que cada verso, alongándose, debuxa folgados meandros, ou recortándose precipita en rápidos a misteriosa corrente do río no que o seu desexo remata convertindo a ascensión primeira.

É un paso definitivo, incontrolado. O poeta sublima até tal punto os seus propios sentimentos que, sentíndose inmerecedor de gozar o obxecto dos seus sonhos, “*la fuente / de la que mana el dulce néctar*”, renuncia no seu desexo á fermosa e doce aventura dun encontro tan fondamente desexado.

“*Ovillo mi deseo -confesa-*

lo coloco en tu vientre

justo en ese lunar bajo el ombligo

y comienza la hora de la desdevana”

O mesmo que lle aconteceu a aquel xeneral romano, Décimo Xuño Bruto, o Galaico, que sorprendido diante da grandeza do espectáculo dun solpor no cabo Fisterra, o Promontorio Nerio dos antigos, xulgándose indigno de tal agasallo dos deuses, decidiu renunciar alí mesmo á continuación da súa victoriosa campaña e voltar de inmediato a Roma. Non son, de certo, nin o seu orgullo nin a súa elevada autoestima os causantes de tal renuncia, nin no caso do romano nin moito menos no do noso poeta, senón a sublimación, a consideración daquilo que conmove e trastorna todo o seu mundo interior coma só pode conmovelo algo excelso, sublime, prohibido, inalcanzable...

Por iso renuncia no desexo ao protagonismo da súa aventura máis persoal, a súa ansia indisimulada de disfrutar a realidade dun dos seus soños máis íntimos, mesmo diante da grandeza do universo que adiviña. Será así, este, o seu desexo, o que *“con apetito voraz / con una sed infinita*

... sigue y sigue lamiendo

saborando colores

matices bordes perfiles

sonidos que apenas roza

y que guarda en su memoria

porque suenan y son música”

E o poema-escaleira faise río, un río que ao revés dos de Jorge Manrique, *“que van a dar en la mar, qu'es el morir”*, conduce á fonte da vida, á fonte da que mana o doce néctar, *“la fuente / que está al final del camino”*. Un río soñado, presentido. *“Mi deseo -canta o propio poeta- avanza y sueña / con el río que presiente / con el agua cristalina / de la fuente en la que nace”*

E os versos, sen signos de puntuación que interrompan o seu discorrer, nin tan sequera a aria *“que en el aire suena”*, nin menos *“los acordes / del pájaro cuando canta / avisándole que siga / el ramal que va ascendiendo”*, alórganse e recórtanse, marcándolle rigorosos ao discorrer do río o seu

ritmo musical, maravilloso.

E o desexo, rrefreado polo ritmo do propio río, temeroso de “no haber reparado lo bastante en algún matiz / del aire / en una vibración concreta del aire / que al tropezar con la piel / iba tejiendo una música / que antes no existía / y acerca el oído / y descansa de nuevo hay mucho tiempo / para ser feliz”. “Se desliza / sudoroso del esfuerzo / por la trepa”, deténdose súpeto en versos de dúas, tres ou catro sílabas “para seguir añadiendo / elementos a su memoria”.

“Espera”, “mira”, “repara” para de pronto quedarse quieto en “el agua”, “el mar”, “el oleaje”, “la cascada”... para unha e outra vez atoparse “remando”, “en un río / confundido entre los ecos / de la brisa soterraña”, até

“llegar a la fuente
sin dejar en el olvido
la senda por donde pasa”

Sen esquecer, naturalmente, que primeiro foi a palabra. Así, “cada dedo recorriendo / las palabras en tu boca / cada nombre de tu lengua / cada nota / en cada labio”... o desexo escoitando o canto daquela “garza de plata”, e palabras tan buscadas coma “güero”, “ovillar” ou “desdevana”, xa no derradeiro chanzo da escaleira que antes construíra o poeta

“se reparte por las quiebras
es la lengua quien lo lleva
abarca todas las sendas
que conducen a la fuente
salta tozales y dunas
busca el río y se desliza
por la senda que transcurre
bordeando las orillas
del lunar que reconoce”

Dobre viaxe á que todas e todos estamos convidados e, de certo, non son as únicas. Cada un de vos ten necesariamente, como se dixo, que facela súa propia. Estas non son máis que unha guía espiritual para descridos.

Que así sexa!!!!!!

Manuel Quintáns Suárez